ICNOCUÍCATL

*Gerardo Piña**

Se ha detenido mi corazón en este instante. Perforo una esmeralda, fundo oro. Mi último aliento emerge con lentitud desde el centro de mi aire. Siento cómo se eleva ligero, deja caer mi cuerpo como si estuviera debajo del agua –tal vez estoy debajo del agua. Mi sangre retrocede de sí misma, huye de sí misma como el cauce de un río que huye de otro hasta quedar rodeada de sí. Se resigna, se detiene. Estoy muerto. Un mar de tierra me inunda. Este peso infinito reitera la tierra de mi carne. Soy de tierra y de agua.

De todas las formas en que mi mente concibió el tiempo, el instante es la más insoportable. Puedo ver el silencio, casi puedo tocarlo. Yo, Nezahualcóyotl, señor de Tezcoco, he muerto sólo para vivir la vida toda entre la tierra. Veo frente a mí todo lo que existe y lo que ha sido. Quizás el gran Dios me está esperando –quizás el Dios es esta nada, el Dios que se ha creado a sí mismo—. Debo esperar a que me encuentre y me saque de esta niebla, de este mar pesado y frío como una losa. Yo no puedo buscarlo. Buscar al Dios es inútil porque Él es parte de todo; es como querer encontrar un canto sin ave. El Dios es el ave, el canto y la flor, y es también nuestro corazón que se alegra al escucharlo.

In Tloque in Nahuaque, tú eres el Dios verdadero. Sé que vendrás a detener este momento y a consolar mi corazón que no acaba de morir.

*Escritor.

No puede ser que no existas. No puede ser que esté muerto. No destrozará a tus hijos como Huitzilopochtli descuartizó a sus hermanos al nacer. Debes estar más cerca, Dios Único, porque el tiempo no pasa. Me veo de pronto alimentándome de tierra y de aire y de ti, porque estás en todas partes. En todas partes te invocan, te veneran.

¿Acaso este tiempo resumido en mi pecho es obra tuya? Responde, Moyocoyani, tú que inventas todas las cosas. ¿Es al nombrarte cuando me separo de ti? ¿Son esta angustia y este canto parte de tu propia voz? Apenas lo cuestiono y mi estancia aquí en la tierra se dilata, se expande como un canto y llega a ti. Lo escucho, lo siento, aunque a la vez sé que soy yo el recipiente de mi propia voz. Me veo a mí mismo correr, invocarte de nuevo entre las flores; soy un niño que huye de los tecpanecas. Ellos quieren darnos muerte a mí y a mi hermano Tzontecochatzin. Los hombres de mi padre nos protegen, nos ocultan. Nos llevan a Tetzihuactla. Nos han dejado en una cueva donde hace mucho frío. El olor de la cueva es como el olor de este momento: huele a mineral y agua. Los tecpanecas nos buscan, nos persiguen, quieren darnos muerte. Nuestros guardias nos esconden en Chiauhtzinco, en los peñascos de Cuamincan, en la quebrada del Teponazco y, finalmente, nos llevan a Otonquilpan, donde nos dejan con Huahuatzin para que cuide de nosotros.

Los días pasan y yo pienso que ha sido vano nacer, que nunca debí salir de la casa del Dios y venir a la tierra. Soy un mendigo entre los príncipes y no sé quién soy en realidad, porque ignoro mi destino. ¿Cómo habré de vivir entre la gente? Acaso tendré que huir por siempre mirando hacia abajo. Obras sin consideración, Dador de la vida. Estoy solo entre la gente y a tu lado. ¿Es sólo angustia lo que sigue a la muerte y precede a la vida? Estamos solos entre el cielo y la tierra. Somos menesterosos, mendigos de un final.

Renace una imagen de hace años esta oscuridad. Soy un niño en esta cueva. Alguien viene a avisarnos que Itzcóatl ha enviado por nosotros para llevarnos a otra parte. Es de noche. Mi hermano sube a la barca que habrá de llevarnos con él, pero yo no logro alcanzar el otro extremo de madera. Resbalo y caigo dentro del agua. Desciendo hasta

el fondo del lago —quizá nunca salí del agua, quizá nunca hubo otra cosa. Mi cuerpo sigue hundiéndose, pero yo lo veo descender desde otra parte. Entre las plantas y las rocas, a la entrada de una gruta, están los dioses. Me sonríen y me llevan envuelto a través de la neblina, hacia el monte Poyauhtécatl.

Ayuno un día completo en este lugar. Los dioses me cubren con sangre de hombres sacrificados, me bañan con agua del ardor divino y me dicen que seré emperador y que la ciudad de Azcapotzalco, donde reina el asesino de mi padre, será vencida. El dios me toma de la mano y ésta se pierde en la suya, se confunden. Dibuja en el aire un círculo de aire y manipula mi brazo como si guiara mil hombres a la lucha. Como si dirigiera el ritmo de la luna y del mar, y cuando estoy sobrevolando un ejército infinito, me deja caer. Huahuatzin y mi hermano me toman de los brazos, me sacan del agua, me suben a la barca donde permanezco inmóvil. Dicen que estoy muerto. ¿Cómo puede simultáneamente un muerto pasar un día junto a los dioses y unos segundos bajo el agua?

Una noche tuve un sueño en el que descubrí a Coyohua, uno de mis hombres, intentando asesinarme. Se aproximaba a mi lecho con sigilo, tendiendo una cuerda entre las manos mientras alguien, muy cerca, se acercaba al lecho del emperador también dormido. Viene acompañado de dos hombres. Los súbditos no escuchan nada. Cuando está a pocos pasos de mí doy un grito desde el sueño que me hace despertar. Sorprendo a un hombre que huye, en la oscuridad tropieza y cae cerca de la puerta. Me acerco a él y veo a Coyohua. Le pregunto por qué ha querido matarme y responde que ha sido por el trono de Tezcoco. Tezozómoc le había prometido hacerlo príncipe si me mataba. Esa misma noche Tezozómoc es asesinado por su propio hijo, Maxtla. La muerte —planear otra muerte— es sembrarla a ciegas. Quizás la muerte sea una broma y aunque pienso en una historia —mi propia historia— al mismo tiempo nada ocurre. Todo es oscuridad aquí. Vuelve lo que alguna vez sucedió. Me veo burlando la muerte a manos de los soldados de Maxtla y después de Yancuiltzin, mi propio hermano.

Tantos intentos infructuosos por matarme han intensificado mi persecución. Al llegar a Coatlan veo a mis enemigos acercarse por el otro extremo de la avenida. Una vendedora de chía me oculta dentro

GERARDO PIÑA

de los manojos y los soldados pasan sin mirarme. Coácoz, jefe de un ejército otomí, me esconde debajo de un tambor mientras sus hombres animan a los asesinos en su búsqueda entonando canciones de aliento. Llego a Tetzcotzinco donde paso tres noches en una cueva; en Metla y Zacaxachitla me visto de mujer; en el lago de Tlecuílac soy agua; en Tepepulco, tierra; en Colnapanolco un manto de lluvia me cubre entre la lluvia y en Calpolalpan un jaguar me esconde en sus entrañas. Estoy a salvo otra vez.

Hoy es Ce Hollin Micailhuitzintli. Este día entro con mis hombres a Tezcoco para derrotar a Maxtla. Hoy soy Acolhua Tecuhtli.

Una nube, un aire que es un eco del aire se filtra por las casas, por los ojos, y llega hasta mí que canto como si fuera un poeta. Han pasado varios años y mi único atavío son estos cantos. De cantos y de flores nos vestimos, nos hacemos aquí en la tierra. El canto de los poetas es lo único verdadero, junto con el jade, el oro, las flores y las plumas del quetzal. Ojalá nuestros cantos permanecieran como las aves. Ojalá que los huéhuetl y teponaxtli no dejen de tocar. Que no cese el canto de las sonajas, flautas y caracolas. Que no deje de cantar el poeta cuyo corazón es un ancho plumaje; el brillo más puro del jade, su palabra. Sólo por un instante existe el canto porque la felicidad y la dicha apenas duran. Se detienen sólo un momento. No así la tristeza, el hambre ni la guerra. La guerra es la unión del día y la noche, en ella la luz y la oscuridad son una misma sombra; en ella se hacen añicos los príncipes, se destrazan las águilas y los tigres.

Recuerdo a mis hijos. Tuve sesenta hijos varones y cincuenta y siete hijas. Ahora que he muerto veo sus rostros: Izelcoatzin, Ichautlatoatzin, Axoquentzin, Acamapipioltzin y Xochiquetzaltzin. Veo también a Nezhualpilli, que será arquitecto, astrónomo y poeta.

Veo nuestros templos, mi palacio, nuestros tlamatinime y todas las cosas que el Dador de la Vida ha pintado con sus flores. Veo todos los cantos coloridos que se van desdibujando en la gran pintura que es el mundo. Hemos venido a la tierra sólo como flores en la gran pintura del Dios. Nosotros también nos iremos borrando. Nadie habrá de convertirse en oro, esmeralda o pluma de quetzal, ni será eterno sobre la tierra.

Igual que el zacuán, el azulejo y el quetzal que mudan de plumaje, nos desprenderemos de nosotros mismos. Águilas y Tigres regresarán a la casa del misterio, a la tierra de las nueve casas. A la soledad única del tiempo.

El tiempo no es otra cosa que un valle interminable. Este valle donde camino y pienso en mi soledad. Donde encuentro a Cuacuauhtzin, señor de Tepechpan, y a Azcalxochitzin, su prometida, la mujer más hermosa que he visto. En ese instante —en este instante— veo en esa mujer mi vida, la suya, el jade y un imperio. Un aire de flores me llena y ocupa el espacio. Me retiro de casa de Cuacuauhtzin tras agradecer el convite, inmerso en un silencio compartido.

Una semana después preparamos una guerra para atrapar hombres y ofrendarlos a los dioses. He hablado con dos capitanes tlaxcaltecas. Les pido que den a Cuacuauhtzin un cuidado especial. Lo digo mientras pienso en Azcalxochitzin, su mujer.

Cuacuauhtzin compuso un canto de despedida al intuir su muerte. Se despidió de todos los príncipes y alude a nuestra amistad de modo ambiguo. Parece reprocharme algo. La vejez y el destino no son fáciles de aceptar, por eso el señor de Tepechpan actúa de modo extraño. Cuacuauhtzin muere destrozado por guerreros tlaxcaltecas en los primeros momentos de la guerra.

Los traidores y espías habrán de morir descuartizados. Los adúlteros serán apedreados. Los ebrios morirán a golpes. Se hará al ladrón esclavo del robado. En casos de traición se destruirá la casa del criminal y todos sus parientes serán descuartizados.

Mi matrimonio con Azcalxochitzin es el inicio del esplendor del reino de Tezcoco. Dirijo los proyectos de construcción de todos los acueductos, plazas, jardines, templos, palacios y avenidas. En Tezcoco se componen grandes cantos y poemas; nunca antes la escultura y la pintura han estado más cerca de las flores, en ningún lugar existen músicos y bailarines más virtuosos que en Tezcoco. Nace mi hijo Tetzauh-piltzintli. He mandado hacer pozos y acequias para traer el agua dulce. He diseñado el bosque de Chapultepec. He inaugurado dos zoológicos y he construido la cerca de madera y piedra que habrá de salvar a Tenochtitlan de las inundaciones inminentes. Todo esto lo he hecho en

memoria de mi padre y de la nobleza tolteca-tezcocana. Si la nobleza es como un templo, yo he construido un palacio dentro de un templo.

Nada como el devenir, como las horas que desdibujan cualquier cosa que poco antes resaltaban. Hoy es el año cinco-casa y una plaga de langostas devora los campos y cosechas. Es el año seis-conejo; el hambre comienza a reinar en mi pueblo. Es el año diez-conejo; no deja de nevar en varios días. Las más de las casas se derrumban, se pudren; los sembradíos y las arboledas se destruyen. Una epidemia de resfriados está matando a mi pueblo. Es el tercer-año-del-hambre. Bestias, zopilotes y otras aves de rapiña se expanden por Tezcoco y llegan hasta Chalco. Mueren hombres, mujeres, jóvenes y viejos por igual. La Luna ha derrotado al Sol por una tarde y todo se viste de sombra. Repartimos entre la gente las reservas de maíz que teníamos para doce años. El hambre no cesa. Las sequías han durado demasiado.

¿Por qué no termina este castigo? No es la muerte lo que me aterra, sino la posibilidad de que no haya un final. El sufrimiento habría de continuar por siempre una y otra vez y sólo cambiaría de forma. He compuesto sesenta y siete cantos en estos cuarenta días de ayuno. Hago oración cuando sale el Sol, al mediodía, cuando se oculta, y a la mitad de la noche. Tengo conmigo sahumerios de copal. Sólo espero una respuesta tuya, Tloque Nahuaque. Quisiera morir y que sólo un vacío me esperara. Que yo fuera de agua, ave de agua, canto en el ancho cerco del agua, que estuviera mi corazón en la ribera de los hombres. Que pudiera matizar mis propias flores, las flores que embriagan a los príncipes de las nueve corrientes en la tierra del agua que florece. Que estuviera vestido de jade y de quetzal entre las aves, que mi canto fuera mi propio corazón para ser por él recordado en la tierra y que extendieran mi cuerpo en una estera de flores amarillas y que no fuera la guerra tu oro, tus flores, Dios que sólo quieres de mí la muerte al filo de obsidiana, la muerte en la guerra. Te muestras a los hombres siempre al borde de la muerte. Te miramos apenas entre el polvo levantado por el choque de escudos, entre la niebla de dardos que se tiende entre tus flores —en esta tierra que es nuestro olvido y tu canto. Lloro y me aflijo y hago memoria de los nobles que fueron quebrantados como un tiesto,

de los que vinieron a ser reyes, a embriagarnos con sus cantos y, al final, como plumas de ave, como plumas de esmeralda se hicieron añicos. Si al menos supiera que me escuchan, si al menos pudieran oírme y venir aquí a mi lado para engrandecer éste su reino, su casa. Pero este canto es vano, no es de flores ni de pájaros; es icnocuícatl, un canto de orfandad, un himno de vértigo y de sombras.

Tloque Nahuaque, tú eres el Dios verdadero, el dueño del cerca y del junto. Tú, Moyocoyani, eres porque a ti mismo te inventas, porque en ti sólo el presente reina. Eres el tiempo porque estás en todo lo que ocurre y todo lo que ocurre es inmediato. Tloque Nahuaque Ipalnemohua, sólo tú eres verdadero. Tú eres este ahora, este año Chicuaque Técpatl en que he muerto. No veo el Mictlan con su río. Un perro debería ayudarme a cruzarlo y después dejarme solo con mi destino, pero aquí no hay nada.

Tal vez todo está comenzando. Mi vida y mi muerte apenas van a ocurrir y no hubo nunca algo como el tiempo ni las flores. Hay agua en esta densidad, en esta oscuridad dolorosa y paulatina. Siento que algo —el filo de una obsidiana— se desprende de mi carne. Mi cuerpo se distiende (el centro de mi cuerpo es un fuego diminuto). El dolor acaba de cortar en dos este presente y alcanzo a ver una sonrisa que más parece un llanto dibujado entre esta niebla que no acaba, pero que comienza a disiparse hacia dentro. Soy de niebla y de tiempo. Veo por fin el tiempo. Veo a Cuacuauhtzin empuñando una obsidiana. Me dice algo sobre mí, sobre su esposa, sobre una traición. Se aparta de mí con la mano ensangrentada, con algo de mi sangre en la suya. Parece un loco, parece un muerto asesinando a otro muerto.